

La Casa Alba

P. Winchester



Capítulo 1

Se quedó mirándola a esos ojos que lentamente se inyectaban en sangre, tornándose vacíos e inertes a cada segundo de vida que se iba descontando en el interior de ese devastado cuerpo. Es mentira lo que se dice que sucede cuando una vida pende de un hilo, de la mente estallando en memorias, una tras otra tras otra como una película acelerada, sin importar la calidad solo la cantidad máxima de recuerdos posibles de reproducir antes de apagar el sistema por completo. Lo que Dalia experimentó sus minutos finales para nada se acercaba a una plácida selección de sus mejores momentos vividos en toda su vida. Lo que ella sintió fue la agotadora desesperación de supervivencia, el colapsar de sus pulmones, el latido angustioso de su corazón bombeando sin sentido la sangre que se le escapaba con una abundancia aterradora.

A Dalia le llevo dieciséis minutos dejar el plano terrenal. Los primeros nueve minutos los destino inútilmente a gritar ferozmente por ayuda, agito sus manos en vano, arañando y arrancando la piel de su atacante. Pero el aire no corría a través de su garganta, estaba bloqueado totalmente por la presión de esas endemoniadas manos que la llevaron a la segunda instancia previa a su muerte, una suerte de coma consciente donde comenzó a dudar si eso era morir o que lo era sino.

Desafortunadamente había quedado atascada en un limbo, mientras su organismo luchaba por recomponerse. Los cuatro minutos que le sucedieron a esa tregua silenciosa en la que estaba atorada, su cerebro comenzó a aletargarse, confundiendo los sentidos y llegando a convencerse que era capaz de oler el sabor de su sangre en su boca; producto del fuerte mordisco que le había dado a su lengua en la lucha. Los tres minutos restantes cayó en un torbellino de sensaciones físicas, sin poder distinguir si el dolor en el cuerpo lo causaban los golpeteos de sus propias convulsiones o aquel que estaba manipulando su cuerpo, torciendo sus músculos, sus huesos, e intentando que cupiera en un pequeño recinto oscuro, húmedo y pegajoso del que estaba segura no había forma de volver a salir entera. El último sentido en perderse fue el oído, que luego de escuchar el crujido de su clavícula romperse se desconectó por completo, completándose así los dieciséis minutos de agonía.

En nada se le parecía su final al placentero relato de ficción que podría haberse imaginado.